

'Observamos cómo cae Octavio', la novela que surgió del pánico

Hernán Migoya vuelve a la arena literaria con originalidad e ingenio

Cuando a un autor no lo hacen famoso sus lectores, puede arrastrar tras de sí -y en su obra- el fantasma de la duda. Hernán Migoya fue víctima de la banalidad pues, con 'Todas putas', sufrió los rigores de la vanidad gremial, el resentimiento mediático y el oportunismo político. Demasiada polvareda para tan leve paso, pues aquel librito bien pudo haber pasado sin pena ni gloria por el zoco de las letras, dada la aversión del lector medio por todo lo que huele a literatura. Pero no fue así y aquellos polvos se han revelado levadura para hornear una segunda gran novela.

Una de las incógnitas que sería divertido desvelar es conocer cuántos de aquellos corifeos de la censura se leyeron la colección de relatos que Migoya reunió en 'Todas putas', porque del resultado se colegirá el valor real de la crítica. Yo, que fui de los que se leyó el libro, debo reconocer que leer 'Observamos cómo cae Octavio' no es ninguna sorpresa, ya que entonces se observaba el ingenioso estilo de un autor inclasificable.

No es este un libro con el que Migoya quiera redimir el viaje a los infiernos de 'Todas putas', ni mucho menos. Y no es así porque en 'Observamos cómo cae Octavio'



Experimentos. Hernán Migoya no se considera un escritor experimental, aunque reconoce que en España es fácil serlo. No obstante, considera que los experimentos son buenos "cuando tienen sentido y lo pide la obra". Curtida su literatura en un mundo visual, Migoya esparce en esta obra sensaciones tal y como las vería un niño.

“ El despertar a la vida, la búsqueda de ese momento de la niñez en el que se pierde la inocencia, un viaje fascinante ”

(Martínez Roca) se encuentra toda la ironía y la mala leche con que el escritor forja su estilo, aderezado además por esa riqueza lingüística y ese magnífico tratamiento de personajes, en el que se revela el lado visual de su ingenio, reflejado en la cantidad de guiones para la historieta y el cine que ha escrito.

Este es un libro de niños, con niños y, por qué no, para niños, ya que Migoya afronta la crisis de los treinta miran-

do atrás, hacia su niñez, en busca de las claves de su personalidad. Por eso, construyó una historia en la que los niños se reivindicaban a sí mismos como seres permeables a las sensaciones que les rodean.

Tete, Mina y Nanín, los niños protagonistas de esta lúcida aventura, descubren lo que contiene la vida real en su arriesgada batalla contra el Ogro Santos. Y en ese viaje se las verán con el amor, el sexo y la muerte.

Una metáfora de la caída en la existencia que lleva al autor a emprender este periplo íntimo, surgido del inoportuno ataque de pánico que sufrió antes de cojer un avión y que le mantuvo deliciosamente apartado de su realidad durante un mes.

Migoya demuestra en este libro el buen autor que ya se veía en su anterior obra, y para que quede más claro, lo hace a todo color.

REDACCIÓN
ANTONIO J. UBERO